

LA LITURGIA COMO ALABANZA A DIOS*

1. CONTEXTO DE LA ALABANZA.

No podemos abordar el tema de la alabanza litúrgica e ignorar el marco de alabanza que caracteriza la creación y la redención, pues se sitúa esencialmente dentro de estas realidades. Subestimar este contexto, significaría fundarse en bases no objetivas. Debido a lo cual, damos comienzo a nuestro presente trabajo desarrollando dichos elementos.

La creación

Dios es a la vez luz y gloria. El Altísimo habita en la luz inaccesible. Dios es su propia gloria. Pero también Dios es amor. Movidó por el amor y la omnipotencia, ha querido irradiar su propia gloria en la creación. Ella, emana de su bondad, es un destello de la gloria divina. La percibimos en el universo creado, la expresa. Podemos afirmar que toda la creación es propiamente la gloria de Dios o, con Isaías: "Llena está la tierra de tu gloria"². Permaneciendo en sí misma, tal como ha salido de sus manos, la creación proclama la gloria de Dios.

Es que la creación, no solamente es de Dios sino para Dios ya que la ha generado para su propia gloria. Por completo está orientada hacia El. No explica su origen en sí, sino en Dios puesto que depende totalmente de su voluntad creadora:

* Publicado en *Questions Liturgiques*, 64 (1983), p. 19-44.

1. En este artículo nos hemos inspirado principalmente en A.J.M. BLIJLEVENS, *Gebed als lo prijzing in leer en praktijk van de kerk* (Memoria académica en vistas a la obtención del grado de Doctor en Teología) Nimègue, 1968, 440 p. Al mismo tiempo que éste estudio, aparecía del mismo autor un artículo sobre el mismo tema en un número jubilar dedicado a su promotor Dr. C.A. Bouman, con ocasión de sus 70 años: *Liturgie als lo prijzing. Een thema met variaties in Tijdschrift voor Liturgie* 65 (1981 393-416). Por lo demás remitimos a G.WAINWRIGHT, *Doxology. The Praise of God, in Worship*, 53 (1979 - 496-511). El presente artículo es el resultado de una conferencia que el autor ha dirigido en una jornada de estudio antuerpiense, el 3 de junio de 1981, bajo el título "*De doxologie in de eredienst*" con motivo de la retirada del Profesor Dr. H. Beekenkamp como catedrático de Liturgia en la facultad teológica protestante universitaria de Bruselas. Que este artículo sea también, como un homenaje de consideración y amistad.
2. Is. 6,3

Todo el universo nos habla de Dios.

La realidad creada, es el espejo a través del cual Dios desea contemplar reflejada hacia sí, la imagen de su gloria. Sacándola de la nada la ha orientado hacia sí mismo. En esta dirección, ella proclama su alabanza.

El hombre

San Bernardo nos dice con singular profundidad: "Dios ha creado todo para sí mismo, todo para sus elegidos"³. En forma semejante se expresa Santo Tomás: "Cuando se dice que Dios ha creado todo para sí mismo se asevera igualmente, que ha establecido todas las creaturas para ellas mismas"⁴.

Dios es amor y ha dado a luz al hombre para su felicidad, porque como creador no puede ser sino el primero. Dios lo ha creado en total dependencia de sí mismo y para sí mismo.

De manera idéntica a una creatura irracional —si bien dotado de inteligencia y libre arbitrio—, el hombre, no tiene su origen en sí sino en Dios; he aquí la razón de por qué todo ser nos habla de Dios. En este sentido, el hombre no existe para él mismo, no hallará la fuente de la auténtica felicidad sino lanzado hacia Dios. Plasmado a su imagen y semejanza el hombre es el ser creado que con mayor perfección transparente a Dios, el sentido de su vida consiste en que ha sido creado en relación a Dios.

Desde su llamada a la existencia el rostro del hombre está orientado hacia Dios. La gloria que en parte, ha compartido con su creatura, ésta puede reflejarla hacia Él. Ya lo decía san Ireneo: "El hombre viviente es la gloria de Dios". San Agustín escribe: "Nos has creado impulsados hacia Ti"⁶.

Nuestra alma inquieta no encontrará felicidad y reposo, sino tendiendo total e indivisamente hacia Dios.

Desde el comienzo de las Confesiones, Agustín desarrolla el tema que será el núcleo central del presente artículo:

"Grande eres Señor y sumamente digno de alabanza. Inmenso tu poder y tu sabiduría sin medida. Quiere alabarte el hombre parte de tu creación, mas va cargado con el bagaje de la mortalidad, la prueba de su pecado y la señal de que resistes a los soberbios. Con todo, quiere alabarte el hombre, tan solo un fragmento de tu creación. De tal manera lo has formado, que encuentra el gozo en alabarte, pues nos has hecho para Ti e inquieto estará nuestro corazón hasta que descansa en Ti".

3. *Sermo A, G.* (PL 183,311): "Omnia propter seipsum fecit, omnia propter suos".

4. *De potentia* Q. 5. a. 4; "Idem est dictu quod Deus omnia propter seipsum fecit — et quod creaturas fecerit propter eorum esse".

5. IRENEUS, *Adversus Haer.* 4,20 (PG 7, 10,37). "Gloria enim Dei est vivens homo".

6. AUGUSTINUS, *Confesiones* I, 1.

Dios nos ama destinándonos a amarle, existimos para su gloria. La alabanza que El recibe del hombre, es un aspecto del desinterés en el amor y va unida a la suprema dicha que este pueda alcanzar: acá se encuentra su salvación.

El hombre, centro de la creación

Fuera del concierto de los seres irracionales, Dios ha distinguido al hombre como rey y coronamiento de la creación. Culminada la obra creadora, el autor del Génesis constata: "... y vio Dios que estaba bien"⁷. Después de la creación del hombre al séptimo día nos dice: "Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien"⁸. El hombre ha sido llamado no solo para ejercer dominio sobre los demás seres, sino para desempeñar una función sacerdotal orientada a armonizar de una manera consciente el canto de alabanza de las creaturas sin razón y elevarlo hacia Dios. La aclamación silente de los seres creados reconoce su voz en el hombre. Esta verdad nos ilumina sobre el valor del hombre en su vocación a sintetizar la significación y el sentido de la creación (alabar a Dios) expresada en su propia vida.

En ninguna parte como en el Salmo 8⁹, se describe el papel del hombre, centro de la creación:

"Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
el ser humano, para darle poder?

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad;
le diste el mando sobre las obras de tus manos,
todo lo sometiste bajo sus pies:

rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar.

Señor, dueño nuestro,
¿qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!

El culto de la vida

Cuando el hombre vive su existencia en conformidad con los designios de Dios,

7. Gn 1,10 12,18 21,25.

8. Gn 1,31

9. Sal 8, 4-10 (Los textos de los Salmos están tomados de la traducción del P. Schökel S.J.).

lo glorifica por el culto de su vida. Igualmente, las creaturas cantan la gloria de Dios, siendo simplemente lo que deben ser, según las intenciones del Creador.

Si el ser humano vive como un creyente inventivo y activo en la creación, conduciéndose con respeto y temor de Dios, permanece en continua actitud de adoración. No está al alcance de sus fuerzas conservar de manera ininterrumpida y perfectamente consciente dicha actitud de alabanza tanto como traducirla de continuo en actividad cultural. El culto de la vida habrá de manifestarse en lugares y momentos específicos para conceder a la disposición de constante adoración que fluya en acciones de culto —estrictamente hablando—. Entregarse exclusivamente a la alabanza mediante la salmodia o la oración coral, es una solución imposible de cristalizar. No obstante, se puede mantener viva la tendencia fundamental de alabanza si se fijan determinados espacios de tiempo para expresarla en actos de culto. Momentos privilegiados que permiten al hombre realizar su vocación dentro de la creación al glorificar y alabar a Dios.

San Agustín resume lapidariamente este pensamiento: “Que vuestros labios canten la alabanza a Dios, pueda vuestra vida cantarla siempre. Cuando cantáis en alta voz debéis hacer necesariamente pausas de silencio; cantad entonces con toda vuestra vida de manera que no os calléis jamás”¹⁰.

2. ALABANZA Y ACCION DE GRACIAS EN EL JUDAISMO

Los Salmos

Si en la tradición cristiana la alabanza y la acción de gracias ocupan un lugar tan importante es debido a que el cristianismo los considera como una herencia sagrada de Israel.

La oración cristiana se ha inspirado siempre en la oración judía, por eso ambas estiman que la alabanza juega un papel central.

La Iglesia, que se sabe continuadora del Pueblo Escogido, ha hecho de los Salmos el meollo de la Liturgia de las Horas.

En las celebraciones eucarísticas encontramos, por lo general, una escogida y adecuada trama de textos extraídos de los Salmos, eminente expresión de alabanza.

Algunos ejemplos serán suficientes para comprender que la alabanza es la primera actitud del creyente en su relación con Dios:

10. AUGUSTINUS, *In ps. 146, 1 et 2*: “*Cum voce cantaveris, silebis aliquando; vita sic canta, ut numquam sileas*”.

Sal 19, 1-2

El cielo proclama la gloria de Dios
el firmamento pregona la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra.

Sal 28, 1-2

Hijos de Dios, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado.

Sal 32, 1-3

Aclamad, justos, al Señor,
que merece la alabanza de los buenos;
dad gracias al Señor con la cítara,
tocad en su honor el arpa de diez cuerdas;
cantadle un cántico nuevo,
acompañando los vítores con bordones...

Sal 33,1-4

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor;
que los humildes lo escuchen y se alegren;
proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.

Sal 34,28

Mi lengua anunciará tu justicia
todos los días te alabaré.

Sal 50,17

Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Sal 67,33

Reyes de la tierra, cantad a Dios,
tocad para el Señor.

Sal 68, 30-36

Yo soy un pobre malherido,
Dios mío, tu salvación me levante.
Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias;

le agrada a Dios más que un toro,
más que un novillo con cuernos y pezuñas.
Miradlo, los humildes y alegros,
buscad al Señor y vivirá vuestro corazón.
Que el Señor escucha a sus pobres,
no desprecia a sus cautivos.
Alábenlo el cielo y la tierra,
las aguas y cuanto bulle en ellas.
El Señor salvará a Sión,
reconstruirá las ciudades de Judá,
y las habitarán en posesión.

Sal 70, 5-8

... porque tú, Dios mío, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,
en el seno, tú me sostenías,
siempre he confiado en ti.
Muchos me miraban como a un milagro,
porque tú eras mi fuerte refugio.
Llena estaba mi boca de tu alabanza
y de tu gloria, todo el día.

14-16

Yo en cambio seguiré esperando,
redoblaré tus alabanzas;
mi boca contará tu auxilio,
y todo el día tu salvación.
Contaré tus proezas, Señor mío,
narraré tu victoria tuya entera.

21-24

Acrecerás mi dignidad,
de nuevo me consolarás;
y yo te daré gracias, Dios mío,
con el arpa, por tu lealtad;
tocaré para ti la cítara,
Santo de Israel;
te aclamarán mis labios, Señor,
mi alma, que tú redimiste;
y mi lengua todo el día
recitará tu auxilio,
porque quedaron derrotados y afrentados
los que buscaban mi daño.

Sal 105, 1-2

¡Aleluya!

Dad gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
¿Quién podrá contar las hazañas de Dios,
pregonar toda su alabanza

Sal 110, 1-4

¡Aleluya!

Doy gracias al Señor de todo corazón,
en compañía de los rectos, en la asamblea,
Grandes son las obras del Señor,
dignas de estudio para los que las aman.
Esplendor y belleza son su obra,
su generosidad dura por siempre;
ha hecho maravillas memorables,
el Señor es piadoso y clemente.

Sal 116, 1-2

Alabad al Señor todas las naciones,
aclamadlo, todos los pueblos:
firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre.
¡Aleluya!

Sal 145, 1-2

¡Aleluya!

Alaba, alma mía, al Señor:
alabaré al Señor mientras viva,
cantaré para mi Dios mientras exista.

Sal 146, 1-3

¡Aleluya!

Alabad al Señor, que la música es buena,
nuestro Dios merece una alabanza armoniosa.
El Señor reconstruye Jerusalén,
reúne a los deportados de Israel,
él sana los corazones destrozados,
venda sus heridas.

La oración en la tradición judía

Son múltiples los lugares del Antiguo Testamento, donde encontramos breves

oraciones de bendición¹¹. El creyente, experimenta la bondad divina hacia él, recibe las bendiciones de Dios, y llegado el momento alaba y bendice al Señor, fuente de todo bien. Comienzan preferentemente con una reducida aclamación: ¡Dios sea bendito! Se especifica de inmediato la motivación: Dios ha de ser bendecido en todo; hallamos un hermoso testimonio en el Salmo 71, 18-19:

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
el único que hace maravillas;
bendito por siempre su nombre glorioso,
que su gloria llene la tierra.
¡Amén, amén!

Entre los motivos para bendecir a Dios, destacamos la bendición por sus obras, especialmente por un hecho concreto en que brille la bondad divina. Cuando el siervo de Abraham, conducido milagrosamente, llega a la familia de éste, pronuncia la siguiente bendición: "Bendito sea Yahveh, el Dios de mi señor Abraham, que no ha retirado su favor y su lealtad para con mi señor, Yahveh me ha traído a parar a casa del hermano de mi señor"¹².

Moisés en el desierto recibe la visita de su suegro Jetró y le relata los hechos milagrosos obrados por Yahveh en favor de su pueblo; Jetró pronuncia una bendición: "Y dijo Jetró: Bendito sea Yahveh, que os ha librado de la mano de los egipcios y de la mano del Faraón y ha salvado al pueblo del poder de los egipcios. Ahora reconozco que Yahveh es más grande que todos los dioses"¹³.

La tradición judía posee un precepto por el cual, el fiel debe alabar a Dios alrededor de cien veces al día, en los momentos relevantes de la jornada y durante especiales ocasiones: comienzo y fin del día; al atravesar el umbral de alguna habitación; al encontrar a un amigo o ante un personaje notable por su ciencia o sabiduría¹⁴. Son modos por los que, el lenguaje de la fe, habla de una vivencia interior de Dios considerado como Principio de lo existente y origen de todo bien, a quien el creyente responde con la gratitud. Este dinamismo se halla concentrado en las breves bendiciones. Ellas permiten tomar conciencia de la actitud fundamental de confianza y acción de gracias para con Dios fuente y dispensador de toda bendición.

11. Cf. J.P. AUDET: "Esquisse historique du genre littéraire de la bénédiction juive et de l'eucharistie chrétienne" en *Revue Biblique* 65 (1958) 371-399; ídem.: "La Didaché, Instruction des apôtres", París, 1958, p. 377-398; ídem.: "Genre littéraire et formes culturelles de l'eucharistie", en *Ephemerides Liturgicae* 80 (1966) 353-385; K. HRUBY: "La notion de beracha dans la tradition et son caractère anamnétique" en *Questions Liturgiques* 52 (1971) 155-171.

12. Gn 24, 26-27

13. Ex 18, 10-11

14. R. DREYFUS: "Liturgie domestique juive" en *Questions Liturgiques* 52 (1971) 111-124.

El tesoro de oración del judaísmo

La plegaria dieciocho

Es la oración cultural por excelencia del judío (*tefilla*), el *Shemone esre*, que el fiel repite tres veces al día, a la mañana al mediodía y al atardecer (como prescribe la *Didaché* para el Padre Nuestro), de pie (de aquí el término *amida*), vuelto hacia Jerusalén¹⁵.

Constituída por un formulario de 19 oraciones (originalmente eran 18, número que justifica la denominación); las tres primeras y las tres últimas de bendición, las restantes de súplica (comparables a nuestra oración de los fieles).

Un rasgo característico de la tradición eucológica judía en sus oraciones, es encabezarlas y concluirlas con oraciones de bendición, intercaladas por las de súplica. Por su parte, las de súplica terminan con una corta fórmula de bendición.

Traduciremos las tres primeras y la penúltima estrofas:

1. Bendito seas, Señor, nuestro Dios y Dios de nuestros padres,
Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob.
Dios sublime, creador del cielo y de la tierra.
Nuestro escudo y escudo de nuestros antepasados;
la esperanza de generación en generación.
Seas bendito Señor, escudo de Abraham.
2. Tú eres el héroe que juzga a los opresores.
Tú vives desde siempre.
Tú animas a los muertos, das la respiración,
y haces caer el rocío.
Tú conservas la vida y haces revivir a los moribundos.
Tú proteges las cosechas para nuestro bien.
Seas bendito, Señor, que vivificas a los muertos.
3. Tú eres santo, tu nombre es temible.
¡No hay Dios fuera de Ti!
Seas bendito, Señor, Dios santo.

(Después de estas bendiciones, se canta, desde el II siglo después de Jesucristo, la "*Kaducha*", el "tres veces santo" de Is. 6,3; combinado con Ez 3,12 y el S. 146,10).

17. Te alabamos Señor nuestro Dios,
y Dios de nuestros padres,
por todas las maravillas, por el amor y misericordia

15. Una obra recomendable sobre la plegaria 18 es la de D.J. Van DER SLUIS e.a.: "*Elke morgen nieuw. Inleiding tot de Joodse gedachtenwereld aan de hand van een van de centrale Joodse gebeden, het Achttiengebed. B. Folkersna-Stichting voor Talmudica Arnhem, 1978, 446 p.*"

que demostraste hacia ellos.
Y cuando sus hijos exclamamos: "nuestros pies flaquean",
tu misericordia sigue siendo nuestra fuerza.
Seas bendito, Señor, Tú mereces que te demos gloria.

Para la fiesta de la Pesach judía

Las oraciones que se utilizan durante el convite pascual, abundan en bendiciones, cantos de alabanza y de acción de gracias¹⁶.

Vámos a escoger como ejemplo, la *birkat-ha-sfir*, bendición del canto de alabanza, pronunciada después de haber entonado los cuatro salmos del *Hallel* y antes de beber la cuarta copa ritual de la refección pascual. Como dato ilustrativo, destacamos que tenemos la misma riqueza de sinónimos del término "alabar" en el Gloria.

Alabado seas, Señor, por todas tus obras;
que los justos, amantes de tu voluntad,
el pueblo todo, la casa de Israel,
testimonien con gozo su reconocimiento.
Te alaben, glorifiquen, exalten, santifiquen
y rindan homenaje a tu Nombre, Rey nuestro,
ya que es bueno darte gracias,
y conviene cantar tu nombre,
a Tí que eres Dios, por los siglos de los siglos.

Si nuestra boca estuviera colmada, como el mar de agua rebosante;
si nuestra lengua emitiera cánticos, como el mar espumoso, olas;
si nuestros labios pudieran transportar alabanzas hasta la bóveda del cielo;
si nuestros ojos brillasen con el resplandor del sol y de la luna;
si nuestros pies respondieran ágiles, cual destreza de cierva;
si nuestras manos estuvieran abiertas, como las alas salvajes del águila en el cielo,
nuestra acción de gracias, jamás podría celebrar y menos igualar uno solo de los miles y cientos de miles de tus beneficios.

La bendición de Dios y el sentido religioso de las comidas

Para el judío creyente, el momento de comer, lo es también de orar; específicamente, de hacer oración comunitaria.

La impronta de la bendición, da sentido religioso a las comidas, cumpliendo,

16. Una descripción completa de la comida pascual judía con los textos de las plegarias y el ritual, se encuentran en A. VERHEULE: "*Grondstructuren van de eucharistie*"; Brugge, 1974, p. 36-70.

por otra parte, con la recomendación de Dios en el Deuteronomio¹⁷. Son jalones del día, en los que el fiel, toma conciencia que todos los dones ordenados a mantener la vida, provienen de Dios; sea la vida en sí misma, como los frutos de la tierra fértil, otorgada por la Providencia.

Toda comida, se halla encuadrada por una oración actuante¹⁸ expresada desde el principio mediante el pan y al fin por la copa de vino, ambos, tomados por las manos del padre de familia en gesto de ofrenda, mientras eleva una oración de gracias y alabanza.

Dios, es bendecido como Creador, quien infunde el aliento vital en las creaturas usadas para la subsistencia del hombre.

Pero también, es alabado porque El, el Dios Creador, se ha revelado como el Dios de la salvación, en una determinada etapa de la historia de Israel: La huida de Egipto, hacia una tierra rica y fecunda cuyos dones favorecen la existencia, aquí representados por el pan y el vino. En esta oración, pues, Dios es bendecido por el alimento y por el país y se recuerdan con agradecimiento, las proezas que El realizó por amor a su pueblo.

Este memorial de las grandezas divinas, sirve como introducción a la súplica por la cual se implora a Dios mantenga sus entrañas de clemencia y fidelidad en el estado presente y por siempre. La oración finaliza nuevamente con una bendición. Invariablemente, cada oración, remonta y expira por la alabanza a Dios, aunque se dé el caso de oraciones suplicantes. Tal es la tradición judía.

La más antigua tradición cristiana, continúa, en este sentido con el legado semítico. En su tratado sobre la oración, Orígenes nos presenta un esquema de la oración cristiana, el cual, se asemeja a las claras a la construcción de la oración judía de la mesa.

"La oración debe comenzar —escribe— por la alabanza a Dios y por el agradecimiento de lo que todos, y cada uno en particular han recibido de El. Luego, vienen las oraciones de arrepentimiento y perdón seguidas por la petición de toda suerte de gracias, para sí mismo y para el prójimo. Por último, la oración concluye con una doxología a Dios, por Cristo, en el Espíritu"¹⁹.

Damos ahora, un ejemplo de oración pronunciada antes de comer:²⁰

1. Seas bendito, Señor, nuestro Dios, Rey del universo,
que nutres al mundo entero, gracias a tu bondad,
clemencia y ternura.

17. Dt 8, 10; cf. Lv 19, 24.

18. A. VERHEUL, *op. cit.*, p. 15-24.

19. ORIGENES: "De oratione" III, 33, 1 et 2.

20. A. VERHEUL, *op. cit.*, p. 20-21; L. Finkelstien: "The birkathamazon" en *Jewish Quarterly Review* 19 (1928-1929) 243-259; David HEDEGÅRD: "Sedes R. Amram Gaon, t. I, Lund., 1951.

Tú alimentas a todo viviente
para mantener a cada uno la vida.
A todo lo que has creado, Señor, das de comer.
Bendito seas, Señor porque sustentas a tus creaturas:

2. Te damos gracias, Señor, nuestro Dios,
por la bondad de este país, extenso y deseable,
prueba tangible de tu amor,
que ofreciste en heredad a nuestros padres.
Te agradecemos por la alianza
que estableciste en nuestra carne,
por la Ley que Tú, nos has entregado;
por la vida, la clemencia, la gracia
y el sustento que nos brindas continuamente.
Por todos estos beneficios, Señor, nuestro Dios,
te agradecemos, y bendecimos tu Nombre.
Que podamos eternamente bendecirte,
siempre y sin cesar.
Seas bendito, Señor, por el país y por el alimento.
3. Ten compasión, oh Señor, nuestro Dios, de Israel, tu pueblo,
de Jerusalén, tu ciudad, de Sión, la morada de tu gloria;
también de la casa real de David, objeto de tu unción,
de la grande y santa casa, donde tu nombre es proclamado.
Dios, Padre nuestro, nutrenos y manténnos la vida,
ayúdanos, diligente, en nuestras contradicciones.
No permitas que dependamos de los dones de los hombres,
pues los poseen con avaricia y sus ofensas no tienen medida.
Pueda que tu Nombre, que es grande, santo, y que inspira
temor, sea para nosotros segura protección. Que ella
descienda sobre nosotros mientras vivamos, y que
podamos contemplar al Mesías, el Hijo de David.
Restaura la estirpe de David, tu ungido, para que vuelva
a gobernarnos, pues Tú eres el Único, de cuyo Nombre nos viene
la salvación.
Haz que retornemos a Jerusalén.
Dáenos su gozo.
Consuélanos por Sión, tu ciudad.
Bendito seas, Señor, que reconstruyes Jerusalén.

Es de notar el siguiente hecho: Durante la recitación de la antedicha oración, el padre de familia, sostiene entre sus manos el pan y la copa en gesto de ofrenda. Y esto, ciertamente, es una "ofrenda", en el sentido más puro del vocablo, en efecto, se alaba y bendice a Dios reconociendo que todo es de El.

Podemos abrir las manos para recibir sus dones, pero las podemos mantener abiertas, colmadas de dones en actitud oferente; y decirle a Dios que nada es nuestro sino suyo, que todo es de su propiedad mientras que nosotros gozamos solo del

usufructo. Así, toda oración de acción de gracias y de alabanza, entraña un acto de ofrenda inexpressado. Por los dones ofrecidos a Dios, el padre de familia cumple un sacrificio de alabanza, sacrificium laudis.

3. CRISTO, ADORADOR PERFECTO DEL PADRE

Con la venida de Cristo, atravesamos un umbral. Mas con El, no se inicia una etapa totalmente nueva. La historia de la salvación no principia con Cristo, puesto que ésta, ha dado sus primeros pasos desde mucho tiempo atrás, cuando Dios se reveló como Salvador, comprometido a redimir al pueblo judío. Se despliega desde Abraham, por los patriarcas, hasta Moisés; de Moisés por los Jueces, Reyes y Profetas hasta Jesús. Jesucristo, pues, no es el punto de partida del acontecer histórico-salvífico, sino el culmen, y algún día, el punto final.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, se unifican en un mismo canal de la historia de la salvación, el uno es prolongamiento del otro. Con Cristo, y después de El, esta relación continúa, pero a un nivel más elevado. La historia sagrada, es toda ella, una sola y misma corriente, que sigue su ritmo continuo, acelerado con el advenimiento de Cristo. La oración de Jesús determina la oración cristiana, es necesario que consideremos en su vida y magisterio, el carácter de la acción de gracias.

El Cristo terrestre

Nacido en la casa de David, judío con los judíos, como fiel creyente, Jesús debe haber orado con frecuencia. Si nos atenemos a la tradición hebraica, creemos que varias veces al día tiene que haber recitado diversas oraciones de bendición, y, entre estas, a cada comida (refección cultural)²¹. Por su parte, los Evangelios revelan a Jesús en alabanza. A decir verdad, no nos transmiten muchas oraciones del Señor, pero es asombroso contemplar cómo (en continuidad con las líneas maestras de la espiritualidad judía) en su gran mayoría, son de alabanza y de acción de gracias. Impregnadas de admiración por la obra de Dios entre los hombres, acaban en expresiones de adoración.

Así se encontraba Jesús, cuando, plenamente admirado del Padre, comprobó que su mensaje no era aceptado sino por los humildes y sencillos: "En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra dijo: "Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños"²².

21. Mt 26, 26-30; Mc 14, 22-26; Lc 22, 15-20; 1 Co 11, 17-34; ver también Mt 14, 19; Mc 6, 41; Jn 6,11; Mt 15, 36; Mc 8, 6; Lc 24, 30.

22. Mt 11, 25-26; Lc 10, 21-22.

Con motivo de la resurrección de Lázaro, también eleva una oración de acción de gracias: "Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas"²³.

Desde su entrada a Jerusalén, próximo a su pasión y muerte, escoge con preferencia la oración de alabanza, no la de súplica, para ser eximido de esa hora: "Ahora mi alma, está turbada. Y, ¿qué voy a decir? ¡Padre líbrame de esta hora! ¡Pero, si he llegado a esta hora para esto! Padre glorifica tu Nombre"²⁴. La muerte de Jesús era la más alta glorificación de Dios. El ruega, pues, para que ella pueda cumplirse en su honor.

Las oraciones que Jesús dirige a su Padre en la última Cena, son principalmente de súplica por sus Apóstoles y por su Iglesia, en ellas, no obstante, la alabanza no está ausente: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti. Yo te he glorificado en la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar"²⁵.

Haciendo la voluntad del Padre, le glorifica por la alabanza de su vida. Mediante esta oración expresa su alabanza, y caracteriza toda su existencia como un culto.

En el Padrenuestro, la oración que Jesús nos ha enseñado, ¿no tiene prioridad la alabanza?, "santificado sea tu Nombre"²⁶. Concluye con tres súplicas, a las que, en la tradición ulterior, se añadió una fórmula de alabanza, tributaria de la espiritualidad judía: "Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén"²⁷.

Cristo, ha sido durante su vida terrestre, el perfecto adorador del Padre. El, es la realización absoluta de toda religiosidad. El, antes que nadie, asumió el canto de alabanza para el cual fueron creados el mundo y el hombre. El pecado imposibilitaba al hombre entonar un cántico de alabanzas, de vida y de oración, que pudiera, sin ninguna disonancia, llegar a oídos del Padre.

Cristo ha retomado este canto de adoración y alabanza, ejecutándolo perfectamente.

Su voz pura domina a tal punto nuestra pobre alabanza, que unimos nuestras débiles voces a la suya, para poder alabar a Dios como El merece serlo.

23. *Jn* 11, 41-42.

24. *Jn* 12, 27-28.

25. *Jn* 17, 1.4.

26. *Mt* 6, 9; *Lc* 11, 2.

27. *Didajé* 8, 2-3. Es la misma doxología que la *Didajé* usa en 9, 4 y 10, 2. Es una doxología del mismo género que la que usa AMBROSIO después de la recitación dominical: "*De sacramentis*"; 30 (ed. BOTTE p. 27: "*Ip̄so ergo laus et gloria a saeculis et nunc et semper et in omnia saecula saeculorum. Amen*").

Cristo, no es solamente un ejemplo para nuestra oración de alabanza, sino que es parte constitutiva de toda nuestra oración²⁸. ¿Qué queremos decir con esto? La historia de Jesús no fenece con su pasión y muerte: es la historia de un Viviente; no murió, ha resucitado al tercer día.

En la gloria, junto a su Padre, perpetúa el fin de su vida. Ha entrado al reino de los cielos con la misma actitud de oración que marcó su vida en la tierra. Cristo, en el cielo, es el Adorador perfecto del Padre. Sólo El, sumo sacerdote, es quien tributa incansablemente en la eternidad el sacrificio de alabanza de la cruz, en ininterrumpida actitud de oración.

Su permanencia en la bienaventuranza eterna, se explica por la contfua intercesión a nuestro favor. Acá, a la derecha del Padre, es el cantor principal quien acoge y renueva nuestro canto de alabanza, para presentarlo dignamente ante el trono de Dios.

4. LA EUCARISTIA, CANTO DE ALABANZA Y DE ACCION DE GRACIAS

Cuando hablamos de las oraciones de bendición y de acción de gracias de Jesús durante su vida terrestre, dejamos deliberadamente de lado una oración de bendición bien determinada.

Durante la última Cena con sus Apóstoles y a raíz de la milagrosa multiplicación de los panes, Jesús, pronunció una oración de alabanza y acción de gracias²⁹.

Los ritos de la alimentación cultural de los judíos —tomar el pan y la copa, formular una plegaria de alabanza y acción de gracias con los dones en las manos, a manera de ofrenda—, Jesús, los ha retomado como elementos simbólicos de base en la institución de la Eucaristía³⁰.

El pan y el vino, los cuales, después de la proclamación de la berakha se transformaban en ofrendas para Dios, se convierten en el signo de ofrenda de Jesús a su Padre. Jesús, no especifica qué tipo de pan o vino: “este es mi cuerpo”; “ésta es mi sangre”, lo cierto es que utiliza concretamente la materia de la ofrenda hecha a Dios en la liturgia judía.

La tradición judaica, concentrada en estos dones, un sentido religioso fundamental de alabanza y de acción de gracias, por los grandes dones de la creación y de la liberación. Se ofrecían al Señor como signo y memorial de la Pascua, de la li-

28. Ver E. DANNEELS: “*Het liturgisch gebed als religieuze act bij uitstek*” en *Tydschrift voor Liturgie* 55 (1971) 79-91, sobre todo p. 86.

29. Ver nota 21.

30. A. VERHEUL, *op. cit.*, p. 70-80.

beración de Egipto, y de la entrada en la Tierra que, en su fertilidad ha procurado estos dones.

A partir de la última Cena, los signos se transformaron en señales proféticas de la Pascua de Cristo. Jesús se identifica a estos dones, que ya en el Antiguo Testamento habían recibido un carácter pascual. Al igual que los dones de pan y vino son presentados a Yahveh como ofrendas que rememoraban la Pascua del Exodo, Jesús se ofrece al Padre el día siguiente de su Pascua por este mundo:

Lo que en la última Cena era un símbolo profético de lo que había de cumplirse el día siguiente, —acontecimiento por el cual había dado gracias de antemano—, se torna en toda celebración eucarística, en conmemoración simbólica del mismo evento pascual de la muerte y resurrección de Jesús, en recuerdo del perfecto sacrificio de alabanza del único Sumo Sacerdote: Cristo sobre la cruz³¹.

Trás el velo de los signos sacramentales del pan y del vino, palpita la presencia viva del Señor, del mismo Cristo resucitado simultáneamente Señor y víctima de oblación para alabanza del Padre. En ellos se encuentra real y dinámicamente presente el Señor Jesús como Adorador perfecto, como sumo sacerdote, el único capacitado para alabar al Padre con la perfección que exige su dignidad. El porqué de esta presencia ya queda implícitamente indicado. La entrega que de sí mismo hizo Cristo en la cruz por nosotros, se reactualiza en cada Eucaristía.

Por el hecho de haber sido creados, somos, desde lo más profundo de nuestro ser, una alabanza para Dios. Esta vocación, que era imposible canalizar por la acción del pecado, se realiza nuevamente gracias a Cristo presente bajo los signos. En cada celebración eucarística la Iglesia y cada uno de sus miembros, participan en la alabanza de Cristo, a fin de que en Él sean el "honor del Padre".

Toda celebración del misterio de la Redención, es un reencuentro personal con Cristo para que, celebrando nuestro culto unidos íntimamente a su persona, nos dirijamos al Padre presentándole el sacrificio de nuestra alabanza en el único sacrificio perfecto de Cristo. El culto todo de la Iglesia es rendido por Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote del Padre, según la magnífica expresión de Tertuliano.

He aquí otra razón por la que cada plegaria eucarística es también una oración de ofrenda, si bien en los primeros tiempos no se decía explícitamente, sino que se expresaba por los gestos. Por la misma causa, las plegarias eucarísticas están en continuidad con la berakha judía, comenzando y dando fin con la alabanza. Este es el caso de las primitivas plegarias que arrancaban y eran coronadas mediante una doxología. La preferencia se inclina por empezar rindiendo gracias y alabanzas por la creación y la redención; a veces, se mencionan con reconocimiento todos los actos de la creación y las diversas fases de la historia de salvación.

Al final e infaliblemente, la acción de gracias es una vez más retomada, en el marco de una doxología conclusiva.

Sobre todo en las plegarias de ofrenda orientales, encontramos muy extendi-

31. Hb 7, 27; 10, 12.

da la acción de alabanzas, en ciertos momentos, con esa misma sobreabundancia de sinónimos que caracterizaban a las bendiciones judías, de las que un eco resuena en nuestros Gloria y Te Deum.

Como ejemplo, citamos a continuación, el comienzo de la anáfora griega de Santiago:

“Es verdaderamente justo y conveniente, y un deber sagrado el glorificarte, bendecirte, alabarte, adorarte y darte gracias a ti, el Creador del mundo visible e invisible. El firmamento celestial te canta con todas sus potencias, el sol, la luna, el coro de las estrellas te aclaman y glorifican, la tierra, el mar y todo lo que él contiene, la Jerusalén celeste, todos en alta voz proclaman tu gloria, por un cantó de triunfo a tu majestad”³².

La acción de alabanza de la Iglesia, no sólo se realiza en unión a la alabanza de toda la creación (dimensión cósmica), sino que también está estrechamente ligada a la Iglesia celestial (dimensión escatológica), de modo particular, al coro de los ángeles.

Sobre todo desde que en el siglo IV el *Sanctus* ha sido insertado en las plegarias eucarísticas, la temática propia de alabanza que las caracteriza, ha sido acentuada. La gran mayoría de los prefacios de la liturgia romana y también la parte previa al *Sanctus* de la anáfora oriental, evocan el culto celeste, y traslucen enteramente, en la línea de Daniel³³ y del libro del Apocalipsis³⁴ a la Iglesia de los cielos cantando la alabanza a Dios, a la cual la Iglesia, terrestre se une mediante la celebración eucarística, para, de esta manera, cantar al unísono la alabanza tributada a la majestad divina, el triple “*Sanctus*”, en el que se proclama a la vez que el universo todo no tiene otra razón de ser que la de testificar la gloria de Dios.

Las plegarias eucarísticas desde el comienzo hasta el fin afloran en expresiones de alabanza. No podía ser de otra manera, más aún, sabiendo que la presencia laudatoria de Jesús, nuestro Señor, está volcada a posibilitar nuestra propia alabanza.

No dejaría de enriquecernos el hecho de concentrar ahora nuestra atención al contenido de alabanza que encierran las plegarias eucarísticas al concluir:

II: “Ten piedad de todos nosotros,
para que merezcamos compartir la Vida eterna,
con la santísima Virgen María, Madre de Dios,
los Apóstoles y todos los Santos,
que te agradaron desde este mundo,
y así, te alabemos y glorifiquemos,
por tu Hijo Jesucristo”.³⁵

32. Cf. A. HAENGGI – I. PAHL: “*Præx eucharistica*”, Freiburg, 1968, p. 244-245.

33. *Dn* 7, 11.

34. *Ap* 5, 11.

35. CONF. EPISC. ARGENTINA: “*Plegarias Eucarísticas*”; Imp.: HEROES, S.A., 1981, p. 18.

IV: "Y a nosotros, tus hijos,
cóncédenos, Padre de bondad,
que con la santísima Virgen María, Madre de Dios,
con los Apóstoles y tus Santos,
podamos alcanzar la herencia celestial en tu Reino,
donde con todas las creaturas,
liberadas de la corrupción del pecado y de la muerte,
te glorifiquemos por Jesucristo nuestro Señor,
por quien concedes al mundo todos los bienes".³⁶

"Y cuando llegue el fin de nuestro peregrinaje en
la tierra, acógenos en tu Reino,
donde esperamos ser colmados de tu gloria,
todos juntos y para siempre.
En unión con la Virgen María,
Madre bienaventurada de Dios,
los Apóstoles, los Mártires,
y todos los santos, te rogamos y glorificamos,
por Jesucristo, nuestro Señor".³⁷

Luego de estas plegarias que vibran de alabanza a Dios, continúa el momento sublime de la plegaria eucarística, el acorde final, solemne, que, nuevamente, resume el objeto final de la misma. El sacerdote toma entre sus manos el mismo cuerpo y sangre del Señor, la Víctima de oblación al Padre, y, elevándolos en gesto de ofrenda dice: "Por él, con él y en él, a ti, Dios Padre todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos". Imposible hallar momento más profundo en la Eucaristía considerada como alabanza a Dios por y en Cristo. ☩

La comunidad de salvación se une a Jesucristo en su acción laudatoria y hace presente su sacrificio perfecto de alabanza. En él y por él rinde homenaje al Padre.

5. LA ALABANZA DE LAS HORAS

La Iglesia, no es solamente una comunidad de alabanza por efecto de la Eucaristía, sino también por la celebración de la Liturgia de las Horas.

Para confirmar esta verdad, citaremos las inspiradas palabras del Concilio Vaticano II, el cual, en su Constitución sobre la Liturgia, consagra todo un capítulo al Oficio divino.

36. *Idem.* p. 29.

37. Ver Pierre JOUNEL: "Missel de la Semaine"; *texte liturgique officiel*, Paris, Desclée, 1978, p. 661-662.

Leemos en el artículo 83:

“El Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. El mismo, une a sí la comunidad entera de los hombres, y la asocia al canto de este divino himno de alabanza.

Porque esta función sacerdotal se prolonga a través de su Iglesia que sin cesar alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo, no sólo celebrando la Eucaristía, sino también de otras maneras, principalmente recitando el Oficio divino”³⁸.

Y el artículo 84:

“Por una tradición cristiana antigua, el Oficio divino está estructurado de tal manera que la alabanza de Dios consagra el curso entero del día y de la noche, y cuando los sacerdotes y todos aquellos que han sido destinados a esta función por institución de la Iglesia cumplen debidamente ese admirable cántico de alabanza, o cuando los fieles oran junto con el sacerdote en la forma establecida, entonces es en verdad la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su Cuerpo, al Padre”³⁹.

En la introducción general al nuevo Breviario romano, hay dos artículos consagrados al carácter de alabanza de la oración de las Horas. Sobre todo el artículo 15:

“En la Liturgia de las Horas, la Iglesia, desempeñando la función sacerdotal de Cristo, su cabeza, ofrece a Dios, “sin cesar” el sacrificio de alabanza, es decir, el tributo de los labios que van bendiciendo su nombre. Esta oración, es “la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún: es la oración de Cristo con su Cuerpo, al Padre. Por tanto, todos aquellos que ejercen esta función, por una parte cumplen el deber de la Iglesia y, por otra, participan del altísimo honor de la Esposa de Cristo, ya que, mientras alaban a Dios, están ante su trono en nombre de la madre Iglesia”⁴⁰.

En el artículo 16 se pone se relieve la dimensión escatológica de la alabanza:

“Con la alabanza que se tributa a Dios en las Horas, la Iglesia canta asociándose al himno de alabanza que perpetuamente resuena en las moradas celestiales, y siente ya el sabor de aquella alabanza celestial que resuena de continuo ante el trono de Dios y del Cordero, como Juan la describe en el

38. *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, B.A.C. n° 252, 1965, art. 83, p. 186.

39. *Idem*.

40. CONF. EPISC. ARGENTINA: “*Liturgia de las Horas. Documentos Preliminares*”. Ed. EL S.A. de C.V., México 1979. pgs. 31-32.

Apocalipsis. Porque la estrecha unión que se da entre nosotros y la Iglesia celestial se lleva a cabo cuando celebramos juntos con fraterna alegría, la alabanza de la divina majestad, y todos los redimidos por la sangre de Cristo, de toda tribu, lengua, pueblo y nación, congregados en una misma Iglesia, ensalzamos con un mismo cántico de alabanza al Dios uno y trino.

Esta liturgia del cielo casi aparece intuida por los profetas en la victoria del día sin ocaso, de la luz sin tinieblas: "Ya no será el sol tu luz en el día, ni te alumbrará en la noche la claridad de la luna; porque el Señor será tu luz perenne". "Será un día único, conocido del Señor; sin día ni noche pues por la noche habrá luz".

Pero a nosotros ha llegado la plenitud de los tiempos mesiánicos y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a realizarse en cierto modo en el siglo presente. De este modo la fe nos enseña también el sentido de nuestra vida temporal, a fin de que unidos con todas las creaturas anhelemos la manifestación de los hijos de Dios. En la Liturgia de las Horas proclamamos esta fe, expresamos y nutrimos esta esperanza, participamos en cierto modo del gozo de la perpetua alabanza y del día que no conoce ocaso"⁴¹.

Partiendo de los nombrados textos conciliares y de la Introducción al nuevo Breviario Romano (enfocados en visión de síntesis), podemos destacar a propósito de la oración coral de las Horas:

1. Esta se efectúa en unión con Cristo, el Adorador perfecto del Padre. De esta manera la imperfección de nuestra alabanza en la tierra, es absorbida por la perfección de la alabanza de Cristo a quien la Iglesia se une como Esposa. La alabanza de la Iglesia supone el concurso de su cuerpo místico todo: Cristo, la cabeza, con sus miembros, todos los bautizados. En efecto, la oración de las Horas de la Iglesia, es inconcebible si se la desprende de esta unión con Cristo, toda ella está esencialmente empapada en la dimensión cristológica.
2. La alabanza de la Iglesia, aquí abajo, tiene también una dimensión eclesiológica, es decir que la Iglesia local que reza las Horas —sea una familia, una comunidad parroquial o una comunidad religiosa— lo hace siempre unida a la Iglesia universal, partiendo de la Iglesia local concreta.
3. Finalmente, la alabanza de la Iglesia terrestre, está estrechamente unida a la Iglesia celestial. Los sonos de su alabanza se añan al de los ángeles y santos en el cielo. Ligadas entre sí, ellas componen la comunidad única que se encuentra delante del trono de Dios y del Cordero.

Tal es la dimensión escatológica de la alabanza en el Reino de Dios, en el que podremos gozar en acto de la fiesta continua de los predestinados;

41. *Ibid.* art. 16 pg. 32.

mientras tanto, como peregrinos, esperamos la plena manifestación de los hijos de Dios.

No hemos de asombrarnos que la dominante de las Horas sea la alabanza de Dios. En los Padres del desierto (Egipto, Palestina, Siria), la oración monástica de las Horas está en germen, por ello este aspecto no aparece tan evidente⁴². Consideraban la oración de los Salmos como un poderoso auxiliar para meditar y orar continuamente. Con san Basilio, se acentúa el carácter propio de los Salmos en la oración y la dimensión doxológica de las Horas. El santo, invita a los apasionados por el sublime ideal de una vida semejante a la de los ángeles, a abrazar la vida monástica⁴³. El punto de comparación es la alabanza a Dios, misión común de ángeles y monjes. En una carta a su amigo Gregorio de Nacianzo, escribe:

“Nada en esta vida, excede a la superioridad de imitar al coro de los ángeles desde la aurora, saludando al Señor con himnos y cantos de alabanza, para luego, cuando el sol brilla en su esplendor, entregarse al trabajo —acompañado siempre por la oración— haciendo méritos en las ocupaciones con la sal de los cánticos sagrados”⁴⁴.

Comentando el Salmo 28,7, san Basilio, vuelve a la misma idea:

“Honrar a Dios, es la tarea de los ángeles; el único cometido de los habitantes del cielo, es dar gloria a Dios. Toda la creación, dotada o no de voz, proclama la gloria del Señor”⁴⁵.

El primer versículo por el cual comienza cada día la oración de las Horas, desde la más antigua tradición monástica es el “Señor ábreme los labios y mi boca proclamará tu alabanza”⁴⁶, tres veces repetido, seguido por el Salmo 95⁴⁷ como invitatorio:

Venid, aclamemos al Señor,
demos vítores a la Roca que nos salva
entremos a su presencia dándole gracias,
vitoreándolo al son de instrumentos...

42. Ver A. VERHEUL: “La prière monastique chorale avant Saint Benoît” en *Quest. Lit.* 62 (1981) 227-242; *Idem*: “La prière chorale dans la Règle de Saint Benoît, *ibid.* 63 (1982) 25-26.

43. BASILIUS: “De renuntiatione saeculi” 2 (P.G. 31, 629).

44. *Idem*, ep. 1, 11,2 (PG 20,302).

45. *Idem*, In ps. 28,7 (PG 29, 302). Ver más arriba: E. DEKKERS: “Les anciens moines cultivent-ils la liturgie” en *La Maison-Dieu* 51 (1957) 31-54, sobre todo p. 42-45; *Idem*: “Mönchtum und Liturgie” en *Erbe und Auftrag* 39 (1963) 204-213.

46. Ver la *Regula Magistri (RM)* 32, 12-13 (*Sources Chrétiennes* 106, 174) *La règle de St. Benoît (RB)* 9,1.

47. *RM*, 32,14-15 (*SC* 106, 174); *RB* 9, 1-2.

Entrad, postrémonos por tierra,
 bendiciendo al Señor, creador nuestro.
 Porque él es nuestro Dios
 y nosotros su pueblo
 el rebaño que él guía.

El estribillo de este salmo de apertura, es una invitación cotidiana a adorar y honrar al Señor: "Adoremos al Señor que nos ha creado". Al inicio de las otras Horas, se canta siempre la exclamación: "Dios mío, ven en mi auxilio...", a la cual, inmediatamente, se une el *Gloria Patri*. Este hecho tiene un significado: Las Horas son cantadas en honor de la Santísima Trinidad. El "*Alleluia*" engastado luego —excepto en el tiempo de Cuaresma— expresa con creces esta intención, puesto que significa "alabad a Yahvé". Durante el tiempo cuaresmal en la Iglesia de Occidente, los *alleluias* son suprimidos; en su lugar se reemplazan por una expresión equivalente: "Seas alabado, Señor, Rey de eterna gloria".

Los Salmos son la sustancia medular de las Horas. Para resaltar que están destinados a celebrar la alabanza a Dios, acaban con el *Gloria Patri*. La *Regula Magistri*⁴⁸ y la de san Benito⁴⁹ prescriben ya la recitación del mismo al finalizar cada Salmo. Por su parte, san Benito también determina su uso para el último responso después de las lecturas en Vigilias⁵⁰. Más aún, quiere que sus monjes lo canten de pie, en reverencia a la Santísima Trinidad. La presencia tan rica del *Gloria Patri*, tiene como oriente el recordarnos que la oración coral es, primordialmente alabanza al Señor; lo que se manifiesta no solo mediante las palabras sino por las actitudes y gestos. El distraído, es invitado a salir de la dispersión para tomar conciencia del fin de la *Opus Dei*.

Parece que con semejante intención, en las sinagogas se repetían los *Alleluias* después de cada versículo, o medio versículo del Salmo⁵¹. Un asistente rezaba el Salmo, al que la asamblea puntuaba con un *Alleluia*. Esta tradición ha sido mantenida en la Iglesia. Así, encontramos al "*Halleluja*" repetido como antífona en la primitiva tradición monástica⁵². A ella se refiere Hipólito cuando escribe: "Al rezar los Salmos, todos responden con un *Alleluia* lo que significa: "Te alabamos a ti, oh Dios; honor y gloria al que creó el mundo por el verbo"⁵³. El canto del *Alle-*

48. *RM*, 33, 44, 46, 49, 54 (SC 106, 184-186).

49. *RB* 9, 2; 13, 9; 17, 2.

50. *RB* 9, 6; 11, 3.

51. Ver el tratado sobre el *sabbat* en el Talmud 16,8, 156; cf. ELBOGEN: "*Der jüdische Gottesdienst*" p. 496.

52. En la tradición pacomiana: CASIANO: *De institutis coenobiorum* 2, 11,3 (SC 109, 78); en la tradición de Lérins-Arles: "*Codex Regularum*", Paris 1663, ed. HOLSTENIUS II, 66 y III, 42: *RM* 33, 1-54 (SC 106, 177-187); *RB* 9,9; 11,6; 12,2; 15, 1-4.

53. HIPOLITO: "*Traditio Apostolica*" (ed. B. BOTTE, 66, 5-8): "*Cum recitabunt psalmos, dicent omnes alleluia, quod dicitur: laudamus qui est Deus; gloria et laus ei qui creavit omne saeculum per verbum tantum*".

luia es para el hombre, una forma de expresar desde su íntima profundidad lo que es para Dios: Un ser que participa de su gloria, llamado a alabarle.

La primera oración de la jornada, es denominada precisamente "Laudes" porque siempre finaliza con los Salmos "*laudate*" (148-150)⁵⁴.

No arbitrariamente san Benito llama al oficio de la noche "*nocturna laus*"⁵⁵, y con respecto a las siete Horas que santifican el día, afirma que se atiene a esta cifra numérica al conformarse con el Salmo 118,164: "Siete veces al día te alabo"⁵⁶.

A propósito del oficio nocturno, san Benito dice, citando el Salmo 118,62: "A media noche me levanto para darte gracias —alabarte—"⁵⁷. El Santo Patriarca invita a rezar día y noche las Horas, y subraya fuertemente la alabanza, el carácter doxológico de la oración:

"Por tanto, ofrezcamos en estas Horas a nuestro Creador, nuestras alabanzas por los juicios de su justicia, esto es, a Laudes, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas, y levantémonos de noche a confesar su nombre"⁵⁸.

San Benito pide a sus monjes que conserven viva en su existencia la actitud de alabanza. Un monje según su espíritu, es un hombre en estado de alabanza; realidad que se transparenta no solo por el culto de los labios, en la oración coral, sino por el culto de la propia vida: "*Ut in omnibus glorificetur Deus*"⁵⁹.

Y en las cimas del primer oficio del día como en el visperal, ¿no encontramos infaliblemente un cántico de alabanza?

En el oficio matutino, es el cántico de Zacarías el que desarrolla esta motivación:

"Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo".

Luego, como coronamiento de Vísperas surge el Magnificat, el cántico de alabanza de María, más correctamente, de la Iglesia, puesto por Lucas en labios de la Madre de Dios.

Todo lo acontecido para la Iglesia se ha realizado de manera singularísima en María, "Imagen de la Iglesia", como la llama la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*.

Al término de cada jornada, la Iglesia se congrega delante de Dios para agrade-

54. RB 13,11.

55. RB 10 (título).

56. RB 16, 1-3.

57. RB 16,4.

58. RB 16, 5-6.

59. RB 57,9.

cerle y alabarle por los beneficios y gracias recibidos. María, es la maravilla de la gracia de Dios, la Iglesia, Esposa Mística de Cristo; cada cristiano, objeto de la gracia divina. Su vocación se expresará alabando y glorificando a Dios por este designio. La Iglesia y cada uno de sus miembros, participan, en un determinado grado de la gloria del Padre. El cristiano, por lo tanto, miembro del Cuerpo Místico, está llamado a hacer de su vida un culto de alabanza al Creador. Esto lo hacemos especialmente en la Liturgia de las Horas; las que alcanzan su máximo significado en Vísperas, cuando la Iglesia retribuye a Dios por su Magníficat, la majestad que Ella ha recibido de El.

CONSIDERACIONES FINALES

1. La dominante de toda la Liturgia es la alabanza. Esta se ubica en el centro del orden de los valores. Sin duda, la Liturgia es, ante todo, acción de Dios hacia nosotros; El toma la iniciativa de nuestra santificación. Nos hace llegar la Palabra de salvación. Pero el sentido más profundo de la Liturgia es: reencuentro y diálogo. Celebramos al Dios que viene a redimirnos, a fin de que podamos ir hacia El, quien nos dirige su Palabra esperando nuestra respuesta.

Dios toma la iniciativa, mas esta se dirige siempre hacia el hombre como una invitación directa y personal.

Liturgia, implica siempre, palabra y respuesta, santificación y alabanza. La dinámica divina de palabra y santificación, debe completarse necesariamente con nuestra respuesta de alabanza. San Benito considera este doble aspecto de la Liturgia cuando la llama "Opus Dei", es decir, al mismo tiempo, obra de Dios en nosotros y obra del hombre para con Dios.

Al igual que la creación, redención y santificación —aspectos sacramentales de toda liturgia— su fin último, es la glorificación de Dios.

En cada liturgia, celebramos la presencia misteriosa del Emmanuel, el "Dios con nosotros", quien bajo los signos sacramentales, perpetúa la obra salvífica, de tal manera que la Iglesia pueda realizar en El su alabanza a Dios.

2. La alabanza es la acción más elevada que el hombre pueda realizar. Es una respuesta a lo que Dios nos pide. Para esto hemos sido creados y redimidos, con esta orientación El nos ha llamado a la existencia y nos ha entregado su propia vida: para que podamos cantar su alabanza.

En la alabanza, vivimos el sentido más profundo de nuestra condición humana: prosternarnos delante de Dios reconociéndonos en total dependencia de su soberanía.

Toda alabanza es la expresión cultural de nuestra total dependencia de Dios. Cuando el hombre se postra ante Dios, no sufre menoscabo su dignidad, al contrario, expresa su dignidad en tanto que ha sido creado y salvado por El; por ello es el ser más perfecto.

3. En consecuencia, la alabanza es el alma de la súplica, o, inversamente, —pero con toda validez— toda súplica es el mismo tiempo, adoración de la sublimidad de Dios.

Desde que el hombre adora a Dios sublime y trascendente, comienza a tomar conciencia de su propia pequeñez, imperfección, debilidad, de su estado de pecado. Toda confesión de la alabanza auténticamente sincera, es, a la par, manifestación del pecado personal y confesión de la alabanza a Dios⁶⁰. Acá también, la alabanza es el último fin. La más sencilla súplica, da cabida al reconocimiento de la sublimidad de Dios. Por lo mismo, la oración de petición como la de súplica tienen un lugar propio en la vida del orante. Reconociendo sus propias carencias, afirma la perfección y omnipotencia divinas. Así, es evidente que la oración del hombre se halle por entero en un campo de tensión entre lo que ya está salvado (*déjà maintenant*), y lo que no lo está por completo (*pas encore*). Ella se mueve en el plano de lo temporal, en el que el hombre sabiéndose salvo, alaba a Dios, y, por otro lado, considerándose no del todo salvado, eleva su oración a Dios, para que la Redención sea una realidad completa en él.

Por haber sido justificado (*justus*), puede alabar y dar gracias a Dios; mientras que permaneciendo aún pecador (*peccator*) implora la misericordia divina.

El *Alleluia* y el *Gloria Patri*, son las oraciones características del cristiano salvado, mas el *Miserere*, propio del que lo está en potencia.

El *Miserere* puede ubicarse en un intervalo entre el "*déjà maintenant*" y el "*pas encore*", por lo que es fácil reconocer la oración de alabanza al comienzo y al final de toda oración. Con esto no hemos esbozado un modelo de estética literaria seguido por judíos y cristianos en su oración. No. Hay un trasfondo teológico profundo. El hombre, primero da cabida a la alabanza, porque todo en el orden de la creación y de la redención, se lo debe a Dios, y termina por la alabanza porque toda petición, en este intervalo, está destinada, gracias a la atención que Dios nos concede, a cantar con mayor perfección su gloria.

4. Ya hemos dicho implícitamente, lo que queremos agregar como conclusión: La oración de súplica, está ajustada a un tiempo, la alabanza permanece por toda la eternidad.

La condición de intervalo que distingue a la oración inspirada por nuestras necesidades, es ciertamente, por su naturaleza, provisoria y pasajera. Llegará un día en el que la súplica no tendrá sentido, será cuando nuestro vacío haya sido colmado. Entonces permanecerá solamente la alabanza, en el culto de la Iglesia celeste. Podemos unírnos a ella desde ahora, aunque bajo el velo de los símbolos, con la esperanza de vivirla luego en la ciudad de Dios, cuando la alabanza no tenga límites, y sea como la materia de nuestra respiración.

60. Encontramos este pensamiento en la base de la doble significación de la palabra *confessio* en san Agustín. Ver *Confessiones* 10, 2,2).

Con respecto a la alabanza en la Ciudad de Dios, san Agustín escribe:

“Seremos libres de contemplar, contemplaremos y amaremos, amaremos y cantaremos cánticos de alabanza. Es lo que esperamos cuando llegue el fin, en la fiesta que no tiene fin”⁶¹

*Traducción del francés por
Guillermo Castillo, osb – Abadía de San Benito, Luján*

Ambroise VERHEUL, osb



61. AUGUSTINUS: “*Del civitate Dei*”, 32, 30.